

3

El papel del bienestar y las relaciones humanas en las políticas sociales.

Viviana Ramírez



El papel del bienestar y las relaciones humanas en las políticas sociales.

Viviana Ramírez

Investigador de la University of Bath (UK)

En las últimas décadas, el bienestar se convirtió en un asunto de estudio y medición científica y formal. Distintas disciplinas como la psicología, la economía y la política social han contribuido a darle sustento teórico y empírico a esta nueva ciencia que investiga aquello que hace de la vida una vida buena. Una de las principales contribuciones de este paradigma ha sido demostrar que vivir bien involucra una gama de aspectos que indudablemente van más allá del mero ingreso económico e.g. Rojas 2007), lo cual ha llamado la atención de muchos gobiernos y organizaciones en el mundo que quieren utilizarlo para guiar las decisiones de políticas y progreso social). Así, el bienestar se ha convertido en uno de los pocos paradigmas que logra poner en tela de juicio a la prevalencia del Producto Interno Bruto (PIB) como único indicador de progreso y calidad de vida. No obstante, este artículo explicará por qué su énfasis en las relaciones humanas es lo que principalmente convierte al bienestar en una perspectiva indispensable dentro de la política y el desarrollo social.

Como se verá más adelante, para todos los modelos y enfoques de bienestar, las relaciones humanas son quizás el aspecto más esencial para vivir una vida digna, valiosa y feliz. Esta primacía de las relaciones en el bienestar sugiere que cualquier gobierno u organización que desee adoptar una visión de bienestar debe tomarlas en cuenta directamente. Sin embargo, ¿de qué formas pueden ser consideradas dentro del ámbito de política pública y desarrollo? Para poder responder a esta pregunta revisaremos la manera en la que los distintos enfoques de bienestar han entendido y evaluado a las relaciones sociales y cómo podrían ser introducidas para el diseño y evaluación de políticas y programas sociales.

¿Por qué hablar de bienestar en la política y el desarrollo social?

Para hablar del papel del bienestar y las relaciones humanas dentro de la política pública debemos primero identificar los atributos generales que ofrece el bienestar para el trabajo que desempeñan los hacedores de políticas y programas. Aquí podemos identificar cuatro de ellos.

Por un lado, este paradigma ofrece una visión positiva que ha sido utilizada con poca frecuencia dentro de la política pública (White, 2010). Esta visión positiva del bienestar se puede observar en su interés sobre aquello que hace de la vida una vida buena para así plantear formas de cómo llegar a ella. Esto contrasta con la mirada negativa que es común en políticas y programas que enfatizan las deficiencias que hay que remediar, por ejemplo, la pobreza, las enfermedades mentales o físicas, y el desempleo. Y aunque es imperativo hacer frente a los aspectos negativos de nuestras vidas, enfocarse solo en ellos también tiene el riesgo de señalar con etiquetas o prejuicios negativos a aquellos quienes las viven: los ‘pobres’, los ‘discapacitados’, los ‘desempleados’. Un lenguaje de bienestar, en cambio, habla en términos que son comunes para todas las personas de la sociedad, por lo que permite romper con las divisiones que se crean entre los beneficiarios de dichos programas, las personas que los implementan y la sociedad en general.

En segundo lugar, el bienestar también proporciona una variedad de herramientas de medición que son convenientes para los hacedores de políticas. Si bien todavía hay espacio por mejorar dentro del estudio cuantitativo del bienestar, por ejemplo en cómo se mide el bienestar, qué es lo que se mide y cómo se interpretan los resultados, la diversidad de indicadores de bienestar ofrece a los hacedores de políticas un resumen —accesible y fácil de aplicar— sobre la complejidad de la vida humana y la situación de las personas y las sociedades. Indudablemente, estos indicadores cuentan con el respaldo de un gran número de investigaciones que confirman su validez y confiabilidad, así como su capacidad de capturar algo distinto y más completo de lo que captura el PIB (Stiglitz et al. 2009).

El tercer beneficio del bienestar es el hecho de que su principal interés es lo que la persona siente y piensa sobre su vida, así como ampliar lo que logra ser y hacer. Es decir, el bienestar entiende a la persona y su bienestar como un fin en sí mismo. Pero al centrarse en la persona, inevitablemente se descubre que lo que hace una vida buena es múltiple y complejo. Por esta razón, el

bienestar también brinda a la política pública una mirada más holística y completa de la vida humana. Este es el cuarto beneficio que ofrece a la política y al desarrollo social. La mirada holística del bienestar se puede observar en distintos enfoques, los cuales abarcan muchas esferas de la vida que van más allá de los aspectos materiales que son tradicionalmente considerados. Por ejemplo, ellos pueden incluir a la salud mental, la salud física, la participación social, y las relaciones humanas, entre otros. Así, si trasladamos a la política pública esta mirada holística y centrada en la persona que ofrece el bienestar, su interés cambia y pasa de simplemente buscar alcanzar los objetivos de los programas —por ejemplo incrementar el ingreso o la escolaridad— a preocuparse porque las personas que se benefician de estos programas realmente logren tener una mejor vida de una forma multidimensional y comprensiva.

Sin duda, uno de los aspectos más significativos que logra capturar esta visión humana y holística del bienestar son las relaciones sociales. Desde el inicio de los estudios del bienestar se ha encontrado evidencia consistente de que las relaciones humanas tienen un papel integral y complejo en el bienestar. Por un lado, ellas tienen un valor instrumental pues nos ayudan a lidiar con crisis económicas, encontrar empleo y tener acceso a recursos y servicios. Asimismo, las relaciones también son valiosas intrínsecamente ya que el simple hecho de tener contacto social, vivir en compañía de otros y disfrutar de relaciones de calidad es imprescindible para sentir que vivimos una vida buena. Pero aún más importante, se ha evidenciado que las relaciones son vitales para el bienestar a lo largo de todo el ciclo de la vida de una persona (Ryff 1989), así como a través de las culturas y las naciones (Ryan y Deci 2000).

La relevancia de las relaciones es tan grande que todos los enfoques las toman en cuenta como un aspecto central de su entendimiento de bienestar. Por ejemplo, para el bienestar subjetivo, las relaciones son “una de las más grandes fuentes de la felicidad” (Argyle 2001). Para los enfoques psicológicos, es en la calidad de nuestras relaciones donde se origina el bienestar (Ryan y Deci 2001). Y otros enfoques van más allá, pues sugieren que las relaciones no solo afectan al bienestar, sino que el bienestar mismo es creado y moldeado a través de ellas. “El bienestar no es algo que le pertenece a los individuos, sino algo que sucede en la relación con otros” (White 2009, p. 11).

Este gran peso que tienen las relaciones humanas en el bienestar las convierte en una preocupación medular para gobiernos u organizaciones que buscan mejorar la vida de sus ciudadanos y sociedades. No obstante, los enfoques

del bienestar no dejan claro cómo debemos tomarlas en cuenta, pues cada uno de ellos las ha estudiado y medido de modos distintos. Por esa razón, para entender su utilidad en el diseño y evaluación de políticas y programas, es necesario revisar las herramientas que tenemos disponibles para estudiarlas y medirlas en distintos contextos y para distintos propósitos.

Las relaciones humanas y los enfoques de bienestar:

Dentro de la multiplicidad de enfoques de bienestar, son los subjetivos los que han estudiado más profundamente a las relaciones humanas de forma teórica y empírica. La esencia de los enfoques subjetivos se puede resumir en uno de sus argumentos centrales: lo que las personas sienten y piensan sobre sus vidas es valioso y puede ser medido (e.g. Diener 2006, Cummins et al. 2009). En otras palabras, estos enfoques entienden al bienestar como una experiencia que nace de las percepciones de las personas sobre lo que pasa en sus vidas. Para capturarlas, estos enfoques utilizan principalmente medidas cuantitativas que requieren de evaluaciones hechas por la persona misma sobre su vida y sus relaciones. La pregunta de la felicidad es un ejemplo de este tipo de medidas pues trata de capturar un resumen sobre cómo se siente la persona respecto a su vida de forma general¹.

Sin embargo, a pesar de concordar en la importancia de evaluar directamente lo que las personas piensan y sienten sobre sus vidas, hay diferencias importantes entre los modelos subjetivos en cuanto a cómo entienden al bienestar que afectan la manera en la que ellos definen y evalúan a las relaciones humanas. Aquí revisaremos tres enfoques subjetivos: los hedónicos, los eudaimónicos y los psicosociales.

La forma más básica de entender a las relaciones humanas la encontramos en los enfoques hedónicos del bienestar. En primer lugar, estos enfoques definen al bienestar como un estado en el que maximizamos nuestras experiencias placenteras o positivas y minimizamos las negativas. Este grupo es comúnmente llamado Bienestar Subjetivo (Subjective Well-being en inglés) e incluye modelos como el de la Felicidad, el de la Satisfacción de vida y el de Dominios

1 Una versión de ellas es, "En una escala de 0 a 10, ¿qué tan feliz diría que es usted?" (Cuestionario BIARE 2012, INEGI, México).

de vida, los cuales son los más utilizados en el ámbito del desarrollo actualmente. Más allá de las diferencias entre estos modelos, el bienestar nace de las reacciones emocionales y las evaluaciones mentales que tenemos ante nuestras vidas.

Para capturar nuestras emociones y nuestras percepciones subjetivas se utilizan principalmente dos tipos de preguntas. Por un lado están aquellas que miden el balance de emociones positivas o negativas que tenemos en un determinado momento. Por ejemplo, se hacen preguntas sobre la frecuencia con la que se ha sentido interés (positivo) o vergüenza (negativo) en las últimas semanas. Por el otro lado están las preguntas globales de bienestar, las cuales tratan de capturar un resumen de cómo nos sentimos con nuestra vida en general. Las preguntas más usadas son la felicidad que se mencionó anteriormente o la de satisfacción de vida en general. Por ejemplo, la versión utilizada por el World Values Survey entre 2010 y 2014 pregunta, "Considerando todas las cosas, ¿qué tan satisfecho está usted con su vida en este momento?".

Dentro de este marco conceptual, las relaciones se han estudiado principalmente de dos modos. Por un lado están aquellos que miden al bienestar utilizando los indicadores globales como el de la felicidad o la satisfacción. Los indicadores globales son indudablemente los más utilizados por encuestas internacionales, organizaciones y gobiernos, y son simples y fáciles de aplicar. La característica principal de estos indicadores es que no definen qué criterios debemos considerar al evaluar nuestro bienestar pues solo nos preguntan el grado de satisfacción o felicidad general que sentimos en esos momentos. Por esta razón, para determinar su conexión con diferentes aspectos de nuestra vida, como son las relaciones humanas, los investigadores necesitan compararlos con otras variables. En el caso de las relaciones humanas, por ejemplo, se evalúa cómo varía el nivel de felicidad de las personas en relación a variables como estado civil (por ejemplo, tiene pareja o no) o frecuencia de contacto social (por ejemplo, qué tan conectado está con su comunidad).

Los principales resultados de este tipo de estudios sugieren que el simple hecho de contar con relaciones personales influye en qué tan felices o satisfechos nos sentimos. Por ejemplo, se sabe que las personas casadas y con hijos expresan un nivel más alto de felicidad que las personas solteras, divorciadas o viudas (Haller y Hadler 2006). De igual forma tener amistades es un factor esencial para el bienestar subjetivo (Diener y Seligman 2002). Según la OECD, pasar tiempo con amigos está vinculado a un aumento de las emociones

positivas y una reducción de las negativas. Estos enfoques también han confirmado la importancia de las relaciones más allá de personas cercanas como la familia y amigos. Por ejemplo, se ha encontrado que tener una red social amplia en la comunidad y estar conectado con otros a través del trabajo, de actividades de tiempo libre, y de clubes sociales o deportivos contribuyen ampliamente a la felicidad (Argyle 2001).

De manera distinta, pero dentro de los enfoques hedónicos, el modelo de dominios de vida intenta ir un poco más allá al incluir a las relaciones humanas como parte de su definición de bienestar. Para este modelo, la satisfacción de vida en general se puede descomponer en distintos dominios. Se encuentra la satisfacción relacionada con aspectos materiales como el trabajo y la situación económica, y aspectos más personales como el crecimiento personal o la satisfacción con diversos tipos de relaciones personales (por ejemplo, la pareja, los hijos, la familia en general y la comunidad). La decisión sobre qué dominios incluir se ha hecho principalmente con base en los datos empíricos que demuestran cuáles son aquellos dominios que están más asociados con los reportes de satisfacción global.

A través de esta perspectiva se ha encontrado, por ejemplo, que las relaciones sociales son uno de los dominios que tiene mayor relevancia para la satisfacción de vida global. Por ejemplo, en un estudio realizado en México, Rojas (2006) encontró que sentirse satisfecho con las relaciones sociales es más importante que sentirse satisfecho con la salud, el trabajo y la situación económica. En un estudio subsecuente, el mismo autor observó que las relaciones sociales son tan relevantes para los mexicanos que tener más ingreso y que la satisfacción de vida global puede mejorar únicamente si las personas disfrutaban de relaciones familiares satisfactorias (Rojas 2007).

A diferencia de la metodología usada con los indicadores globales de bienestar, el modelo de dominios de vida intenta obtener más información sobre las relaciones humanas al preguntarles directamente a las personas su grado de satisfacción con sus múltiples relaciones. No obstante, si bien esta práctica puede considerarse democrática por dejar al criterio de las personas encuestadas definir si sus relaciones son buenas o malas dependiendo de qué tan satisfecho se sienten con ellas. No dar una definición sobre qué implica una relación de calidad puede pasar por alto relaciones que son claramente perjudiciales para el bienestar. Por ejemplo, por haber experimentado de forma crónica violencia doméstica o discriminación por parte de oficiales públicos,

algunas personas podrían no reflejar la mala calidad de estas relaciones en sus evaluaciones subjetivas de ellas. Es precisamente por esta dificultad que otras perspectivas subjetivas se han dedicado a definir y medir directamente a la calidad de las relaciones humanas.

Este es el caso de los enfoques eudaimónicos del bienestar, los cuales cuestionan que la buena vida sea solo maximizar nuestra felicidad, pues no todo lo que deseamos o nos hace felices promueve una vida saludable y podría inclusive tener consecuencias negativas. Estos enfoques tienen sus bases en el pensamiento de Aristóteles quien entendía al bienestar como aquello que hace que nuestra vida sea virtuosa, tenga propósito y permita el florecimiento humano. Y han sido principalmente los modelos psicológicos como en el modelo de Bienestar Psicológico (Ryff 1989) o la Teoría de Auto-determinación (Ryan y Deci 2000) los que han adoptado esta perspectiva.

Estos modelos eudaimónicos tienen tres características básicas que son útiles para reconocer la forma en la que abordan a las relaciones humanas. Primero, en lugar de dejar que cada persona defina en qué consiste el bienestar como en los enfoques hedónicos, ellos proponen modelos específicos sobre lo que constituye la buena vida. Así, estos modelos están compuestos por distintos dominios que fueron escogidos con base en estudios teóricos de disciplinas como la psicología y la filosofía. En ambos casos, las relaciones humanas componen uno de estos dominios, en el cual se define y mide de manera precisa qué tipo de relaciones son positivas para el bienestar. Esta es la segunda característica de estos modelos: su énfasis en la calidad de las relaciones humanas. Por ejemplo, la Teoría de Auto-determinación alega que la calidad de nuestras relaciones constituye una necesidad psicológica básica, la cual es definida como la necesidad de pertenecer o de formar lazos estables y fuertes con otros (Baumeister y Leary 1995). Este entendimiento de las relaciones humanas se transforma en medidas que evalúan directamente ciertas cualidades que las relaciones deben ofrecer, tal como fomentar un sentido de pertenencia o proveer de cuidados y apoyo.

Hasta aquí se ha visto que el bienestar ha estudiado y medido a las relaciones humanas de formas distintas. Mientras los enfoques hedónicos investigan sus efectos ya sea como variables externas al bienestar (por ejemplo al medir cómo cambia la felicidad cuando cambia el estado civil o la frecuencia de contacto social) o midiendo directamente nuestra satisfacción con ellas. Los enfoques eudaimónicos sugieren que las relaciones son un componente

básico del bienestar y por lo tanto se debe medir y definir directamente qué es lo que cuenta como una relación de calidad. A pesar de estas diferencias, ambos enfoques (hedónicos y eudaimónicos) han sido implementados de forma universal en iniciativas de política pública y desarrollo social. Esto quiere decir que sus medidas han sido aplicadas indistintamente en diversas culturas y contextos con el objetivo de medir y comparar los logros de bienestar a nivel nacional e internacional.

Pese a la utilidad de aplicar universalmente las mismas preguntas para medir bienestar, varios estudios sugieren que esta tarea es problemática debido a que el bienestar no necesariamente es percibido igual por todas las personas ni en todos los lugares (Markus y Kitayama 1991, Wirtz et al. 2009). Por ejemplo, se ha encontrado que el significado del bienestar es tan variable que algunas palabras que se emplean para definirlo no pueden ser traducidas a todos los idiomas o simplemente no existen conceptos equivalentes entre contextos. Más aún, se sabe que los indicadores que se usan para medir el bienestar también pueden ser interpretados de modos distintos en cada cultura (White y Jha 2012). Esta evidencia sugiere que aplicar las mismas medidas en un grupo de estudiantes universitarios en Estados Unidos o en una comunidad indígena en México puede no ser una tarea sencilla. Estas limitaciones sugieren que un modelo de bienestar que sea sensible y flexible al contexto y la cultura puede ser ventajoso ya que permitiría estimar con mayor precisión los efectos de un programa social en el bienestar de sus beneficiarios directos. Pero, ¿cómo se podría lograr esto?

El grupo de investigación "Bienestar en los países en desarrollo" (Wellbeing in Developing Countries o WeD, por sus siglas en inglés) ha sido uno de los precursores de estas ideas. Sus trabajos surgen de un esfuerzo interdisciplinario para estudiar bienestar con el fin de hacer frente a asuntos de política y desarrollo social. Para este grupo, el bienestar es una experiencia que se crea dentro de tres dimensiones, la dimensión material, la relacional y la subjetiva (Gough y McGregor 2007). En otras palabras, el bienestar es lo que se crea a través de lo que la persona tiene y no tiene (material), de lo que puede ser y lo que puede hacer (relacional), y a través de lo que siente y piensa sobre lo que tiene y puede ser y hacer (subjetivo) (White 2010).

Figura 1. Enfoque 3D del bienestar



Fuentes: White 2010, Gough y McGregor 2007.

Este marco conceptual contribuye mucho al reconocimiento del papel de las relaciones en el bienestar. Pues aunque acepta que el bienestar es en parte una experiencia subjetiva, también reconoce que esta experiencia se moldea a través de las relaciones en las que nos encontramos. Precisamente en la dimensión relacional propuesta por este grupo, no solo se captura el efecto que otras personas pueden tener en cómo nos sentimos (ya sea por su simple presencia o por su calidad), sino también reconoce que el bienestar se crea día a día en nuestra interacción con otros. Esto permite reconocer el peso que tienen la cultura, las normas sociales, el poder y nuestras interacciones sociales en lo que podemos ser, hacer y tener.

El proyecto de Wellbeing Pathways² pone en práctica a este marco conceptual. Este es un proyecto que propone un modelo multidimensional de bienestar dirigido hacia países en desarrollo. Su definición de bienestar como lo que las personas sienten y piensan sobre lo que pueden ser y hacer (White 2010), es un reflejo de la interacción entre las tres dimensiones propuestas por WeD (enfoque 3D). En la práctica esta iniciativa captura a las relaciones de dos modos. Primero, el modelo está compuesto por siete dominios (Figura 2), dos de los cuales - como los enfoques eudaimónicos - miden directamente la

2 www.wellbeingpathways.org

calidad de las relaciones sociales con personas cercanas y con la sociedad o la comunidad en general (llamados respectivamente Close Relationships y Social Connections en inglés). Sin embargo, va un poco más allá de los enfoques anteriores pues también incluye al dominio de agencia y participación (Agency & Participation en inglés). Este dominio, por definición, representa a un aspecto del bienestar que se forma a través de interacciones con otros. Por ejemplo, la confianza que tiene una persona de poder influir en las elecciones locales o su habilidad de participar en actividades dentro de su comunidad no solo depende de la persona misma sino que se crea en un contexto social particular.

Por otra parte, las relaciones humanas también son tomadas en cuenta a través de la preocupación que tiene este modelo por darle mayor relevancia al contexto y la cultura. Una de las implicaciones prácticas de esto es que el modelo no busca ser replicado en cualquier lado, sino ser adaptado en función de cómo las personas entienden cada uno de estos dominios en el lugar donde se aplica. Para ello, el modelo complementa sus indicadores subjetivos con métodos cualitativos y participativos que les dan más voz a las personas. Estos métodos no solo escuchan las narrativas de las personas sobre lo que es bienestar para ellas sino que también las involucra en el diseño de los indicadores que se emplean para capturarlo. En última instancia, esta metodología permite observar y medir de una mejor manera la compleja asociación entre las relaciones que se forman en cada contexto y el bienestar de las personas que viven en él.

Indudablemente, la perspectiva de Wellbeing Pathways hace evidente que para que el bienestar realmente logre estar centrado en la persona, no es suficiente con preguntarles cómo se sienten con respecto a sus vidas. También es necesario utilizar procesos cualitativos y participativos donde las personas colaboren en el entendimiento del bienestar y las relaciones humanas, así como en el diseño de las preguntas que se emplean para capturarlos. Como resultado, las políticas que se diseñen basándose en estos indicadores reflejarán de manera directa lo que es importante para las personas en el lugar donde dichas políticas serán implementadas.

Figura 2. Modelo de Wellbeing Pathways



Fuente: Briefing paper No. 1: An integrated approach to assessing wellbeing (www.wellbeingpathways.org)

Implicaciones para la Política Pública:

Si bien los enfoques de bienestar que acabamos de revisar no entienden a las relaciones del mismo modo, todos ellos nos dicen mucho sobre las diferentes maneras en las que las relaciones están asociadas con el bienestar y nos ofrecen herramientas valiosas para capturar su asociación a diferentes niveles. Pero, ¿qué utilidad tienen dentro de la política pública y el desarrollo social y cómo se pueden aplicar?

Por un lado, simplemente el hecho de que estos enfoques hayan demostrado la centralidad de las relaciones humanas en el bienestar deja en claro que si los gobiernos y organizaciones no gubernamentales desean adherirse a una visión más humana y holística, es necesario que consideren a las relaciones directamente. Actualmente algunos gobiernos e instituciones ya incluyen preguntas sobre la calidad de relaciones humanas en sus encuestas. Por ejemplo, el gobierno de México, a través del Instituto Nacional de Estadística (INEGI), implementa desde el 2010 un cuestionario a nivel nacional que mide y monitorea el bienestar de los mexicanos. Este organismo utiliza principalmente medidas de satisfacción de vida e incluye preguntas sobre la frecuencia de contacto social y la satisfacción con relaciones sociales y familiares.

No obstante, monitorear la calidad de las relaciones de los ciudadanos no solo nos informa sobre la situación del bienestar de la sociedad, sino también puede dirigir el diseño de políticas y programas. La organización británica Action Research Centre (ARC) puede ser un ejemplo de este tipo de iniciativas. Entre sus diversos proyectos, la ARC implementa dos programas que buscan expandir el bienestar de los ciudadanos creando espacios de reunión social en localidades alrededor del país. Gracias a los estudios del bienestar y las relaciones humanas, se sabe que estos espacios contribuyen a la formación de redes sociales de los individuos, lo cual a su vez expande sus oportunidades y su bienestar subjetivo.

Por otro lado, un enfoque de bienestar también puede ser adoptado para evaluar los resultados alcanzados por políticas y programas sociales. Como ya se mencionó, el bienestar dirige la atención a las personas que se benefician de estos programas, esto permite evaluar la contribución de los programas en sus vidas de una forma holística. Pero además, el bienestar puede colaborar en la evaluación directa del impacto que tienen dichos programas en las relaciones humanas de sus beneficiarios.

Existen varios estudios que atestiguan la influencia - intencional o no - que pueden tener las políticas en las relaciones de las personas. Para ilustrar esto podemos utilizar el caso de Oportunidades, un programa mexicano de transferencias condicionadas, cuyo objetivo principal es reducir la transmisión de la pobreza de una generación a otra a través de inversiones en salud, educación e ingreso. El programa ha sido considerado un éxito en muchos sentidos³, convirtiéndose en un modelo para iniciativas similares en otros países. Sin embargo, algunos estudios han revelado algunas consecuencias imprevistas en las relaciones familiares y comunitarias de sus beneficiarios.

Por ejemplo, en algunas regiones de México, Molyneux (2006) y Adato et al. (2000) encontraron evidencia de violencia doméstica contra las mujeres debido a luchas por el control del apoyo económico, así como una menor aportación económica para el hogar por parte de los hombres. Otras investigaciones hallaron un incremento en la división social y en sentimientos de envidia y

3 Las evaluaciones sugieren que Oportunidades ha sido exitoso en incrementar los niveles de consumo, los niveles de asistencia escolar y el número de visitas a clínicas locales (Gertler et al. 2012). De igual forma se ha encontrado que, gracias a la necesidad de ofrecer los servicios médicos que son parte de las condiciones del programa, la provisión de servicios médicos ha incrementado alrededor del país (Gertler, 2000).

exclusión entre los no-beneficiarios y los beneficiarios (Skoufias 2005). En algunos casos, los no-beneficiarios decidían dejar de contribuir en actividades comunitarias por la creencia de que eran los beneficiarios quienes tenían más responsabilidad por recibir apoyo del gobierno.

A pesar de que las relaciones privadas como la familia son una esfera donde los gobiernos y las políticas no pueden ni deben intervenir, sí pueden intentar evitar interferir negativamente en ellas. De tal forma que un enfoque de bienestar que tenga un énfasis en las relaciones podría ayudar a identificar el efecto que los procesos de implementación de los programas tienen sobre el bienestar y la calidad de las relaciones de sus beneficiarios.

Hasta ahora se ha destacado el peso de las relaciones cercanas como la familia, los amigos y la comunidad. Sin embargo, en la esfera política se vuelve imprescindible monitorear directamente las relaciones que se crean como resultado de la implementación de políticas y programas. Una de estas relaciones es aquella entre los beneficiarios y los funcionarios que proveen el programa. Pero, ¿qué relevancia puede tener la relación con un funcionario público en el bienestar de las personas? A pesar de que este tema no ha sido estudiado utilizando un lente de bienestar, hay estudios que demuestran que los beneficiarios de Oportunidades han expresado sentirse maltratados, ofendidos y disminuidos por los funcionarios durante la implementación del programa. Por ejemplo, ellos sugerían que lo oficiales tenían el poder de transformar a las corresponsabilidades del programa en una obligación o una demanda hacia ellos (Rivero, 2002). Estas actitudes no solo pueden influir en los logros alcanzados por los mismos programas, sino también pueden afectar al bienestar de sus beneficiarios convirtiéndolas en una preocupación básica para los hacedores de política.

En suma, los programas y las políticas se implementan necesariamente en un contexto social determinado a través de relaciones entre los beneficiarios, entre los beneficiarios con sus familias y su comunidad, y entre los beneficiarios y los oficiales de los programas y políticas. Por esta razón, el énfasis que hace el bienestar en las relaciones humanas representa una de sus fortalezas principales para su uso en el diseño y evaluación de políticas y programas. El bienestar es claramente útil para identificar y ofrecer alternativas para remediar los impactos relacionales de los programas y políticas en la vida de sus beneficiarios.

Conclusión:

Indudablemente, el bienestar ofrece un objetivo nuevo para el desarrollo y la política pública: la persona y lo que siente y piensa que puede lograr ser y hacer. Este paradigma ha contribuido fuertemente a cambiar el objetivo de uno que solo busca maximizar el ingreso o alcanzar las metas de los programas, a uno que le interesa mejorar la vida de las personas como ellas mismas la valoran. Y como se vio, las relaciones humanas tienen una posición medular dentro de aquellos aspectos que son fundamentales para vivir una buena vida.

La evidencia empírica demuestra que las relaciones no solo son instrumentales para lo que las personas logran ser o hacer, por ejemplo enfrentar crisis económicas, tener acceso a más oportunidades o inclusive sentirse satisfecho con su vida. Ellas también tienen un valor intrínseco en el bienestar y por lo tanto disfrutar del apoyo, seguridad, cuidados y cariño por parte de ellas es valioso en sí mismo. De igual forma, las relaciones íntimas como la familia y amigos a pesar de ser muy importantes para la experiencia del bienestar, no son las únicas relevantes. También las relaciones con vecinos y redes sociales, así como las relaciones casuales e institucionales con los funcionarios públicos influyen de manera significativa. En cualquier caso, el paradigma del bienestar demuestra que las relaciones deberían ser una preocupación central de los hacedores de políticas si desean mantener una visión más humana y holística en vez de basarse únicamente en el PIB.

Los avances en el entendimiento del rol de las relaciones en el bienestar nos permite observar los efectos complejos que tienen los procesos de política pública en el bienestar, no solo al dirigir la atención a las personas, sino también a las relaciones humanas que se modifican y se crean como resultado de su implementación o inclusive sus bases conceptuales. Pero más allá de eso, darle un mayor énfasis a las bases relacionales del bienestar puede potencialmente evitar que asociemos al bienestar como una responsabilidad individual, y nos permita reconocer el rol que tienen las sociedades en cómo las personas experimentan su propio bienestar. Por ejemplo, que el bienestar de una familia beneficiaria no solo se crea dentro de las paredes del hogar, sino que las políticas mismas actúan sobre el bienestar de cada uno de los miembros y sobre la calidad de sus relaciones.

Evidentemente el bienestar tiene un propósito político dentro del desarrollo social, este propósito es influir en el diseño de programas y políticas sociales. No obstante, cada enfoque tiene su propio entendimiento del bienestar, su propia metodología e incluye solo ciertos indicadores para medirlo (dejando a otros de lado). Estas diferencias afectan directamente al tipo de políticas que se pueden diseñar con base en estos enfoques, lo cual fue explícito para el caso de las relaciones humanas ya que cada enfoque las entiende y evalúa desde distintas perspectivas. Aun así, la ventaja de que exista una multiplicidad de enfoques es que podemos darnos cuenta de que hay varias alternativas para entender y medir bienestar y su asociación con las relaciones humanas, y que ninguno tiene la última palabra. Todos tienen sus ventajas y desventajas. Por esta razón, antes de tomar una decisión sobre cuál de ellos utilizar para nuestros propios objetivos, es fundamental entender los conceptos y los métodos que están detrás de ellos, así como sus implicaciones en la práctica.

Bibliografía:

Adato, M., Coady, D., & Ruel, M. 2000. *An operations evaluation of Progresá from the perspective of beneficiaries, promotoras, school directors and health staff*. International Food Policy Research Institute IFPRI.

Argyle, M. 1987. *The Psychology of Happiness*, London: Routledge.

Baumeister, R. F., and Leary, M. R. 1995. *The need to belong: Desire for interpersonal attachment as a fundamental human motivation*. Psychological Bulletin, 117, 497–529.

Cummins, R., Lau, A., Mellor, D. and Stokes, M. 2009. *Encouraging governments to enhance the happiness of their nation: Step 1: Understand subjective wellbeing*. Social Indicators Research, 91, pp.23-136.

Diener, E. 2006. *Guidelines for national indicators of subjective well-being and ill-being*. Journal of Happiness Studies, 7, pp.397-404.

Diener, E., y Seligman, M. E. P. 2002. *Very happy people*. Psychological Science, 13, 81–84.

Gertler, P. 2000. *El impacto del Programa de Educación, Salud y Alimentación (Progresá) sobre la salud*. International Food Policy Research Institute (IFPRI).

Gertler, P., Martinez, S.W., y Rubio-Codina, M., 2012. *Investing Cash Transfers to Raise Long-Term Living Standards*. American Economic Journal: Applied Economics 4(1), pp 164-92.

Gough, I. & McGregor, J.A., 2007. *Wellbeing in Developing Countries: From theory to research*. Cambridge: Cambridge University Press.

Haller, M.; Hadler, M. 2006. *How social relations and structures can produce happiness and unhappiness: An international comparative analysis*. Social Indicators Research, 75, pp. 169-216.

Markus, H.R.; Kitayama, S. 1991. *Culture and the self: implications for cognition, emotion and motivation*. *Psychological Review*, 98 (2), pp. 224-253.

Molyneux, M. 2006. *Mothers at the service of the New Poverty Agenda: Progresa/Oportunidades, Mexico's conditional cash transfer programme*. *Social Policy and Administration*, 40(4), 425-449.

Rivero, M. A. 2002. *Oportunidades y Derechos Sociales: Un Proceso de construcción social de Ciudadanía*. Mimeo.

Rojas, M. 2006. *Life satisfaction and satisfaction in domains of life: Is it a simple relationship?* *Journal of Happiness Studies*, 7, pp. 467-497.

Rojas, M. 2007a. *Enhancing poverty-abatement programmes: A subjective-wellbeing contribution*. ESRC Research Group on Wellbeing in Developing Countries. WeD Working Paper 37.

Ryan, R. M., y Deci, E. L. 2000. Self-determination theory and the facilitation of intrinsic motivation, social development, and well-being. *American Psychologist*, 55, 68–78.

Ryan, R.M.; y Deci, E.L. 2001. On happiness and human potentials: A review of research on hedonic and eudaimonic well-being. *Annu. Rev. Psychol.*, 52, pp. 141-166.

Ryff, C.D. 1989. *Happiness is everything, or is it? Explorations on the meaning of psychological well-being*. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57 (6) pp. 1069-1081.

Stiglitz, J., Sen, A. & Fitoussi, J.-P., 2009. *Report on the Commission on the Measurement of Economic Performance and Social Progress*. [En-línea] Disponible en: http://www.stiglitz-sen-fitoussi.fr/documents/rapport_anglais.pdf.

Skoufias, E., 2005. *PROGRESA y sus efectos sobre el bienestar de las familias rurales en México*. Summary 139. Washington D.C.: International Food Policy Research Institute.

White, S. 2009. *Bringing wellbeing into development practice*. WeD Working Paper 09/50.

White, S. 2010. *Analysing wellbeing: A framework for development practice*. *Development in Practice*, 20(2), pp.158-72

White, S.; Jha, S. forthcoming. *Questioning the frame: The contribution of qualitative methods to understanding subjective dimensions of wellbeing in Zambia and India*.

Wirtz, D., Chiu, C., Diener, E. & Oishi, S., 2009. What constitutes a good life? Cultural differences in the role of positive and negative affect in Subjective Well-being. *Journal of Personality*, 4, p.77.

